

Nuestro tiempo

Un aniversario y acción de gracias

El próximo sábado, el Arzobispo, Mons. Jesús Sanz clausurará el ciclo sobre los 200 años de la Restauración de la Compañía de Jesús

OVIEDO

“Como una acción de gracias, un reconocimiento a esos hombres que prácticamente de la nada y sin recursos fueron capaces de hacer resurgir la Compañía, tras más de cuarenta años desaparecida”. Así describe el actual Superior de la Comunidad de Jesuitas de Oviedo, el padre Inocencio Martín Vicente, los actos en torno al bicentenario de la Restauración de la Compañía de Jesús, que se vienen desarrollando en todo el mundo, y que esta semana están teniendo lugar en Asturias. Los pasados días 17 y 19, lunes y miércoles, el padre Pedro Miguel Lamet SJ, autor del libro “El último jesuita”, ofreció una charla en Oviedo y otra en Gijón, sobre la “supresión de la compañía en España y sus trágicas consecuencias”; y el pasado martes, el historiador Alfredo Verdoy SJ, de la Universidad Pontificia de Comillas, impartió en Oviedo una conferencia sobre la “Restauración” de la Compañía, charla que se repetirá hoy en Gijón, en la Escuela de Hostelería, a las 19,30 horas. Finalmente, para clausurar este ciclo, el Arzobispo de Oviedo presidirá una Eucaristía el próximo sábado, día 22, en la Iglesia de las Salesas de Oviedo, a las 19,30 horas.

Desde el año 1773 hasta el 1814, la Compañía de Jesús, orden fundada por Ignacio de Loyola doscientos años antes, fue suprimida y sus miembros expulsados de sus países, obligándolos a concentrarse y sobrevivir en la Prusia y Rusia ortodoxas, únicos países que les acogieron.

La Compañía de Jesús era diferente al resto de las órdenes religiosas existentes hasta el momento, pues entendían la misión como la esencia de su vida. El mundo entero, sin fronteras ni reparos, era considerado su hogar; no tenían claustro, no tenían coro, ni siquiera un hábito que les identificara: San Ignacio les había recomendado vestirse “como los sacerdotes del lugar”. Estas novedades y esta forma de entender la vida religiosa no fue bien vista en sus comienzos por otras órdenes religiosas. A su creciente influencia tanto en el plano de la educación como en el social o el político, y a su imparable expansión e innovaciones se sumaban en paralelo enemistades recelosas de sus privilegios y ciertos errores cometidos que acabaron siendo el detonante de

su expulsión. La propia compañía cita, entre otros, el hecho de no tener que pagar diezmos, lo que les granjeó numerosas enemistades entre obispos, sacerdotes y religiosos; su cercanía al poder político, teniendo en cuenta que, durante décadas, los confesores de los principales reyes de Europa fueron jesuitas; el problema de los ritos chinos y malabares, pues los jesuitas procuraban adaptar el cristianismo a la mentalidad y cultura del pueblo al que llegaban, aspecto que fue considerado como blasfemo en Europa. También sus misiones y su forma de gestionarlas provocaban recelos, así como su enérgica defensa de la ortodoxia doctrinal católica.

Los jesuitas celebran este aniversario “con el deseo de promover una reflexión orante sobre el pasado, para un servicio más eficaz en el futuro”

El proceso de expulsión, por diferentes causas, comenzó en Portugal, siguió por Francia, Italia, y continuó en España, que tuvo como detonante la propagación de la idea de que los jesuitas habían sido los instigadores del motín “de Esquilache”, en 1766, que tenía como propósito acabar con la vida del rey Carlos III para imponer a un monarca que mostrase total obediencia al Papa. Con la pragmática sanción del 2 de abril de 1767 se condenó a los jesuitas a la pena de “extrañamiento”, por la que perdían la nacionalidad, eran expulsados y sus bienes quedaban vacantes, siendo ocupados por la Corona”.

El Padre Inocencio Martín destaca que, mirando atrás, hoy la Compañía reconoce que “cierta-



El Padre Inocencio Martín SJ, Superior de la Comunidad de Jesuitas de Oviedo. A la izquierda, retrato de San Ignacio, por Sara Iglesias.



mente en tiempo de la expulsión en España y el resto de países tenía una gran influencia, porque estaba metida en todos los estratos de la sociedad y, fundamentalmente, en la educación. Pero algo que con frecuencia se obvia es que cuando se expulsa a los jesuitas de España, las dos terceras partes de los colegios que poseían impartían educación gratuita. En todo caso la Compañía tenía una gran influencia y llegó un momento en que llegaron a crearse un cuerpo orgulloso y autosuficiente. Y ese fue, probablemente, nuestro peor gran defecto, que suscitó las insidias, las envidias de tantos, hasta el punto de decir que estábamos detrás del motín de Esquilache, o del atentado del rey José de Portugal, u otras calumnias como que envenenábamos las fuentes. Nuestra lectura, a día de hoy, es que la expulsión fue una ignominia, algo desproporcionado. Algunos fueron orgullosos, pero la mayoría eran personas normales y trabajadoras. Ciertamente no nos venía mal una purificación, pero no como para eliminarnos del mapa”. Doscientos años más tarde, animados también por el propio General de la Compañía, el padre Adolfo Nicolás SJ, los jesuitas en el mundo celebran este aniversario con el deseo de “promover una reflexión orante sobre el pasado para un servicio más eficaz en el futuro”, al tiempo que se reconoce, en justicia, la obediencia fiel, aunque con dolor, a la orden del Papa de supresión por parte de los jesuitas de entonces, su perseverancia en su vocación, o su capacidad para reconstruir la Compañía con ilusión y empezar de cero, siendo fieles a los ideales de San Ignacio.

Asturias, año 1773

■ En el momento de la expulsión de España, en Asturias había entonces una comunidad de 23 jesuitas, en el Colegio de San Matías de Oviedo, que en su día estaba anexo a la Iglesia de San Isidoro. “No tengo muchos datos sobre aquella comunidad –explica el padre Inocencio–, pero sí sabemos que hubo un estándar general para expulsar a los jesuitas en toda España. Se presentaban a golpe de balloneta en la madrugada, se dirigían a la habitación del Superior y le decían que tenían

una orden de expulsión. Les situaban a todos en un comedor o zona común, allí les leían la orden, les hacían coger el breviario o alguna pequeña pertenencia y fuera les esperaban para llevárselos a los puertos a embarcar”. Todo ello ocurría en el plazo de un día. En total, se calcula que unos 5.000 jesuitas fueron expulsados de la Corona de España: unos 2.700 de la Península y alrededor de 2.300 de las Colonias. Tan sólo el 20% abandonó la Compañía, a pesar de los 40 años de supresión.